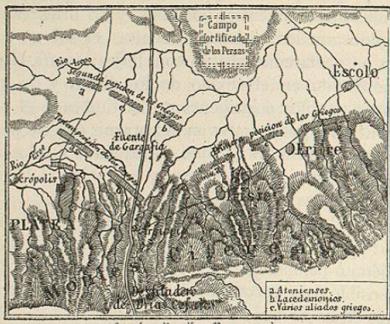


persa, compuesto de 350,000 hombres (incluidos sus contingentes griegos) que defendía no lejos de Tebas el paso del Citeron. Mardonio había construido una gran trinchera en las alturas que dominan el Asopo, rodeando con sus empalizadas, torres y baluartes de madera, un espacio de cuatro millas de largo y casi otras tantas de ancho. Grandes masas de tropas acampaban en tiendas situadas fuera de la trinchera, entre la misma y el Asopo, y entre la orilla meridional de este y las ciudades de Hisia y Eritrea.

Los griegos, en presencia de los persas, tomaron fuertes posiciones en las alturas anteriores del Citeron y se colocaron de manera que mirando al Norte, su ala izquierda cubría el paso de «las copas de los robles», asegurándoles de este modo la retirada hacia Eleusis, hacia los buques de transporte que estaban junto a la playa, y hacia el istmo. Mardonio, por su parte, procuraba trabar pronto una batalla que el previsor Pausanias rehuía. Los tebanos y Artabazo le aconsejaban que aprovechase las malas cualidades de los griegos y destruyese su resistencia comprando á algunos de sus caudillos; pero él, como noble general, solo quiso confiar en su espada. El primer ataque dió Mardonio con la caballería persa, pero la enérgica embestida de su jefe Masistios terminó, despues de una larga lucha, con la muerte de este atrevido caudillo y con una sensible derrota de los persas. El valor de los helenos, que se avivó con esta victoria, debió, sin embargo, disminuir muy pronto: los manantiales del Citeron no fueron suficientes para su ejército, en vista de lo cual Pausanias tuvo que buscar una nueva posición en que las tropas griegas mirasen á Oriente. Marchó, pues, primero hacia el Este en dirección al territorio de Platea, y colocó su ala derecha á una hora al Este de las ruinas de la ciudad de este nombre, junto á la fuente Gargafia. Esta ala, formada con los contingentes de Laconia y Tegea, apenas cubría entonces el paso de «las copas de los robles.» El centro, compuesto de los pequeños y numerosos contingentes, fué colocado mas hacia el Norte, en una cordillera que se alzaba junto al Asopo; y finalmente los atenienses, plateos y tespiotas, que constituían el ala izquierda, se apoyaban en un bosque sagrado de los plateos.

Cuando Mardonio observó la nueva posición de los helenos, se apresuró, por consejo de los expertos caballeros tebanos, á formar todo su ejército en orden de batalla. Las tropas persas escogidas constituían su ala izquierda que debía atacar á los espartanos y tegeatas; los medos, bactrianos, sacios ó indios fueran agrupados frente al centro griego; y las tropas auxiliares europeas, que formaban su ala derecha, debían embestir á los atenienses. Sin embargo los dos generales en jefe evitaron todavía la batalla. La influencia de los profetas griegos había logrado hacer prevalecer en ambos ejércitos la opinión de que los sacrificios ofrecidos declaraban que se mantuviesen solamente á la defensiva. De este modo se pasaron ocho días, durante los cuales no mejoró la situación de los griegos; la débil y ambigua jefatura de Pausanias descontentó tanto á una parte de los grandes propietarios áticos, arruinados por la guerra, que se formó un complot para derribar la democracia y para pasarse á los persas. Solo la energía y habilidad con que el valeroso Aristides procedió en esta ocasión, pudo conjurar completamente el peligro. La situación estratégica se iba haciendo cada vez mas difícil. La caballería persa y los flecheros impidieron á los esclavos griegos ir á buscar agua al Asopo. Por consejo de los tebanos, se dirigió Mardonio, durante la noche del día octavo al noveno, al paso de «las copas de los robles», se apoderó de él y cortó por lo mismo las comunicaciones de los griegos con las columnas encargadas de llevarles víveres. Pausanias no se atrevió á dar una batalla para mejorar la crítica situación en que su ejército se encontraba, y los helenos permanecieron dos días en la posi-

ción que se había hecho ya peligrosa. Mardonio perdió, por fin, la paciencia y al undécimo día de permanecer á la defensiva, manifestó á su consejo de guerra que á la mañana siguiente quería trabar una batalla, plan que fué notificado durante la noche á las avanzadas griegas por Alejandro de Macedonia. Aumentóse entonces en alto grado la confianza de los persas, al ver que Pausanias, fuese por temor, fuese por excesiva pre-



Plano del Campo de batalla de Platea.

caución, colocó, durante la noche, á los atenienses en el ala derecha, donde debían luchar con los persas los guerreros de Maraton, y condujo á los espartanos hacia el Asopo. Cuando Mardonio, á la mañana siguiente, conoció el motivo que había impulsado al general griego á obrar de aquel modo, cambió la situación de sus contingentes, y dió lugar á que Pausanias volviese á colocar sus tropas en el primer estado, movimiento estratégico que fué también imitado por los persas; de modo que al medio día del duodécimo ambos ejércitos se encontraban en el mismo orden que el día anterior. Los persas comenzaron á provocar á los griegos y dieron un impetuoso ataque con toda la caballería, cuyas flechas y hondas molestaron en alto grado á los hoplites, pero no tomaron todavía la salvadora determinación de atacar enérgicamente con las tropas armadas de lanzas. Cuando los escuadrones persas se hubieron apoderado de la fuente Gargafia y la hubieron llenado de escombros, cuando el día décimotercero se pasó en la misma situación penosa, entonces, el consejo de guerra griego resolvió emprender la retirada. Determinóse que durante la noche se retiraría el ejército á las alturas que se extienden á media hora de Platea en dirección Oeste-sudoeste; y que situado y convenientemente protegido en una isla del torrente Oeroe, que desagua en el golfo corintio, una parte de él se encaminaría á reconquistar el paso de «las copas de los robles.» Sin embargo, el centro griego había perdido su serenidad hasta tal punto, que no aguardó el momento convenido y retrocedió, al comenzar la noche, hasta Platea, en donde se entregó al descanso. Cuando Pausanias observó este movimiento, quiso reunirse de nuevo con el centro y ordenó á su ala derecha que se dirigiese en seguida hacia el Oeroe. Entonces el jefe del batallón espartano de Pitane, Amomfaretos, en quien podía mas el valor militar espartano que la disciplina, se negó con ruda tenacidad á «huir en presencia de los bárbaros.» Con esto se perdió un tiempo precioso. No le quedó á Pausanias mas recurso que ordenar, á instancias de Aristides, que los atenienses se aproximasen á los espartanos y él dirigirse por las vertientes occidentales del Citeron hacia el Oeroe.

Rayaba ya la aurora del décimocuarto día (25 ó 26 de septiembre de 479) cuando se vió Pausanias de repente obligado á empeñar la batalla decisiva en las condiciones mas desfa-

vorables. Apenas hacia media hora que había abandonado sus posiciones, encontrándose todavía á una hora de Platea, en donde se hallaban ya los 37,800 hombres del centro, cuando al llegar á un antiguo templo de Demeter que se alzaba junto al torrente Moloeis, observó que le seguía el batallón de Pitane, detrás del cual vió á los persas. Lo que había acontecido era lo siguiente: cuando Mardonio notó, al despuntar el día, que los griegos se habían retirado, no quiso dejarles escapar, sino que determinó destruir á los fugitivos. Apenas descubrieron sus avanzadas las huellas de Pausanias, ordenó á su infantería que se pusiese en movimiento y persiguió con estas tropas escogidas á los fugitivos mientras llegaba á las manos con los demás la caballería persa. Entonces el caudillo espartano se vió precisado á aceptar la batalla contando solo con 11,500 hoplites (tegeatas, periecos y espartanos) y 41,500 esclavos. Situó su ejército, apoyando el ala izquierda en el torrente Moloeis: la retaguardia estaba protegida por el bosque del templo de Demeter, desde donde los ilotas debían arrojar las piedras. En cuanto Mardonio apareció en el campo de batalla de Platea con su columna de ataque, al frente de la cual había un regimiento de guardia de caballería, mandó á la caballería abandonar su puesto, dejando que los arqueros arrojasen sus flechas contra los griegos. Pausanias no pudo maniobrar en seguida de un modo conveniente. Los atenienses y los que, procedentes del ala izquierda, se habían unido á ellos, formando un total de 19,200 guerreros valerosos, que marchaban hacia el Oeste á una hora de distancia y cuyo auxilio se había pedido, no pudieron reunirse con los suyos, porque á su vez tenían que habérselas con los persas. Pausanias, abandonado á sus propias fuerzas, perdió un tiempo precioso consultando los presagios de las víctimas, mientras las flechas enemigas le mataban un gran número de soldados. Por fin los presagios fueron favorables, cuando los tegeatas impacientes comenzaban á avanzar, y Pausanias, creyendo oportuno el momento, ordenó el ataque general designando para iniciarlo á las tropas armadas de lanzas. Entonces la gran táctica de los espartanos y el valor guerrero y patriótico de los soldados de Laconia y Arcadia, lograron en poco tiempo hacer abandonar el campo á las tropas escogidas de los persas, á pesar de la tenaz resistencia que opusieron. En vano mandó Mardonio que la caballería sacia destrozase á los honderos que seguían á derecha é izquierda el impetuoso ataque de los hoplites; en vano entró él mismo en la lucha con su guardia de caballería; pronto fué esta completamente destruida; y cuando el general persa murió á manos del espartano Aemnestos, se desbandó por completo el ejército asiático.

La muerte de Mardonio significó para los asiáticos la pérdida de la batalla de Platea y la disolución del gran ejército, pues las derrotadas masas del ala izquierda y las columnas del centro huyeron á la desbandada hacia la llanura del Asopo, donde dejó de perseguirlos la caballería ática y beocia. La infantería fugitiva pudo atravesar el Asopo y salvarse en las trincheras del gran campamento, detrás de cuyas empalizadas y reductos los arqueros asiáticos pudieron resistir durante algun tiempo el ataque de las tropas de Pausanias, á las cuales se habían unido, por fin, los griegos del centro procedentes de Platea. El desenlace de esta lucha pendía de un cabello: los griegos del Norte y los macedonios habían abandonado á los invasores orientales; pero los beocios, que por su mal no quisieron imitar este ejemplo, continuaban luchando con los atenienses. La caballería beocia que había ayudado á cubrir la retirada de los persas hacia las trincheras, pudo asimismo dispersar al resto del centro griego, compuesto de 4,000 hoplites de Ftio y Megara que marchaban en desorden hacia el Asopo y matar á 600 soldados helenos. Los

asiáticos hubieran podido salvarse si Artabazo, que había sucedido á Mardonio en el mando del ejército, hubiese sido un verdadero soldado; pero este miserable caudillo, con sus 40,000 hombres, que no habían entrado en acción, y que hubiera podido dar mejor sesgo á los asuntos de Persia, abandonó al ejército á su propia suerte. En cuanto vió que los regimientos derrotados por los espartanos emprendían la fuga, ordenó sin titubear la retirada y condujo á su ejército, al cual se unieron grandes masas del de Mardonio, sin hacer alto alguno, hacia las Termópilas y despues hacia el Helesponto.

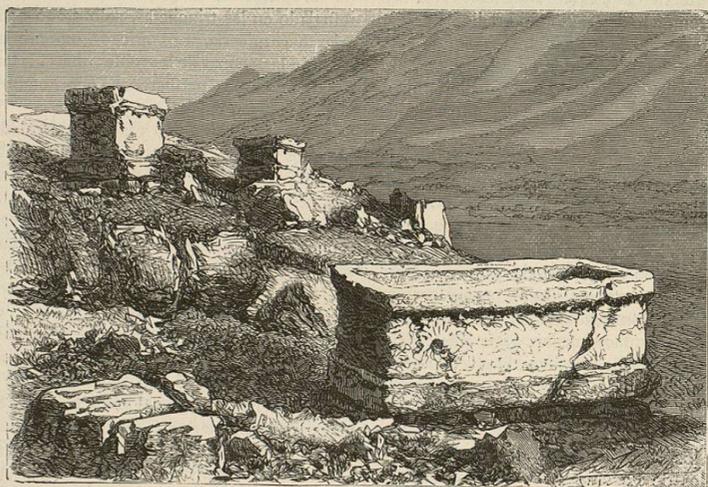
Los heróicos atenienses, despues de largos y sangrientos ataques, pudieron vencer á la infantería beocia; y cuando los beocios protegidos por su caballería huían directamente hacia Tebas, los atenienses, unidos con Pausanias y con los tegeatas y lacedemonios, se apoderaron á viva fuerza del campamento fortificado de los persas. De los asiáticos que se habían refugiado en las trincheras, solo 3,000 escaparon de la sangrienta carnicería. Los griegos durante la lucha, desde el paso de las «copas de los robles» hasta la tarde de aquel gran día de setiembre, perdieron 10,000 hombres, y los persas tuvieron 100,000 bajas.

El excesivo cansancio y la falta de caballería hizo imposible á los griegos la persecución de los fugitivos persas; y solo el contingente de Mantinea, que se había unido á Pausanias despues de la batalla de Platea, pudo seguir las huellas del ejército asiático. Los vencedores, despues de que se hubieron repuesto de sus fatigas, procuraron enterrar solemnemente á los guerreros que habían perecido honrosamente en el campo de batalla, y luego se repartieron el rico botín que había caído en su poder. Los plateos, cuya heroica ciudad fué desde entonces para los griegos un lugar nacional y religioso, obtuvieron de los griegos aliados el reconocimiento de su independencia política y la promesa de que se les protegería enérgicamente contra cualquiera tentativa que se hiciese para atacarles y dominarles. Como eterno recuerdo de la gloriosa batalla trabada por la independencia, se instituyó la nueva fiesta de las Eleuterias que se celebraba aun durante el siglo segundo del Imperio romano. Los representantes de los griegos aliados debían reunirse todos los años, el mismo día del aniversario de la batalla, en el santuario de Zeo Eleuterio, recientemente construido, y celebrar en él una fiesta en acción de gracias por la victoria ganada; verificándose cada quinquenio juegos, en los cuales se concedían varios premios.

Para preservarse contra cualquiera nueva expedición que tratasen de hacer los persas, se decidió que en lo sucesivo se tendrían en permanente estado de guerra 10,000 infantes, 1,000 caballos y 100 triremes. Ante todo, sin embargo, se reconquistó para los intereses panhelénicos toda la comarca hasta las Termópilas. Lo que mas convenia á Grecia despues era destruir el partido persa de Tebas; á este efecto, á los once días de la célebre batalla sitiaron los helenos aquella ciudad, y á los veinte de bloqueo, lograron desembarazarse del jefe del partido persa, Timagénides, que lo era desde la huida de Attaginos, y de otros varios á él adictos. Hecho esto, Pausanias condujo al ejército hacia el istmo, licenció á los varios contingentes (fines de octubre de 479) y entregó á los traidores tebanos para que los juzgase el Congreso, que los condenó á muerte.

La victoria de Platea, que había sido tan completa como nunca hubieran podido esperar los helenos, puso fin al ataque de los persas contra el suelo europeo. Pero al propio tiempo acontecieron en las costas jónicas importantes sucesos que podían considerarse como el preludio de una guerra que los helenos emprendieron á partir de aquel momento, y durante muchos años, contra el imperio de los Aqueménides.

La escuadra griega había permanecido, desde principios de setiembre de 479, inactiva en las aguas de Delos, cuando tres representantes del demos de Samos se presentaron al rey Leotíquidas y le invitaron á que se dirigiese á aquella isla y con ayuda del pueblo destronase al tirano y trabase una batalla con la escuadra persa que estaba anclada en sus aguas. El enérgico Leotíquidas y los demás caudillos aceptaron el plan, y dos días después de haberse marchado los enviados, encaminóse la escuadra griega hácia Samos, que había sido de antemano admitida en la liga griega. Apenas los almirantes persas, que no confiaban mucho en los jonios, vieron aparecer á la escuadra de Leotíquidas, abandonaron la rada de Samos, lleváronse consigo los buques y las tripulaciones de esta isla y se dirigieron á la costa del continente jonio, hácia las vertientes meridionales del cabo Micalé. Al



Sarcófagos de Platea

persas tuvieran tantas tropas y contando con que muchos griegos del campamento enemigo se le pasarían. En tal estado comenzó á reconocer con su escuadra las posiciones que ocupaban los persas. Cuando los vió colocados fuera de la empalizada, es decir, en la playa, dirigióse á ellos con su capitana y mandó que los heraldos griegos anunciaran al ejército persa «que su grito de guerra durante el combate que se iba á trabar sería «Hebe», y que los jonios se acordarian de su libertad». Esta astucia fué causa de que los generales persas se desprendieran de los contingentes griegos que les eran sospechosos, desarmando á los samios y alejando del campamento á los milesios, á pretexto de que fuesen á guardar los pasos de las montañas. Los persas se mostraron demasiado indolentes y fanfarrones, cuando Leotíquidas desembarcó su pequeño ejército al Este del campamento persa, desplegando el siguiente orden de batalla: el ala izquierda la formaba una línea de hoplites escogidos dando frente al Oeste, y apoyando á Leotíquidas en la costa; en esta ala estaban los atenienses mandados por Xantipo: el centro estaba compuesto de soldados de Corinto, Sicione, Trezene, Megara y Egina, y el ala derecha la constituían los espartanos.

A media tarde pudo Leotíquidas dar la señal para que su ejército marchase contra los persas, que entre tanto se ponían en orden de batalla. Habiendo el ala derecha de los griegos tenido que dar un gran rodeo para pasar un valle, los

llegar á este sitio, despidieron á los buques fenicios, se reunieron con el ejército terrestre del general Tigranes y de Masistes, que se encontraban en aquellas costas, y se prepararon para una defensa tan enérgica como les fuese posible. En las cercanías del campamento persa, junto á los torrentes Gaison y Escolopoeis, se colocaron los buques que habían sido sacados del mar, y que, lo propio que sus tripulaciones y ejército de tierra se hallaban protegidos por fuertes empalizadas. De modo que junto á Micalé acampaban 100,000 hombres bien defendidos, de los cuales 60,000 eran guerreros de toda confianza.

A pesar de esto, Leotíquidas, que solo acaudillaba 3,500 hoplites, entre ellos 2,000 atenienses, se atrevió á atacar tan imponentes fuerzas, según se dice, el mismo día en que se daba la batalla de Platea, no creyendo que los generales

atenienses y los hoplites de Corinto, Sicione y Trezene, tuvieron que pelear solos durante mucho tiempo. El gran número y el valor de los asiáticos hacia muy difícil para la pequeña hueste de los griegos la victoria; así es que tuvieron considerables pérdidas. Cuando, por fin, los generales persas retrocedieron y se refugiaron en las trincheras, les acosaron los griegos con mayor energía, se sublevaron los samios del mismo campamento atacando á los persas con las armas que encontraron, y se unieron á los atenienses los demás contingentes griegos que se hallaban en las filas enemigas. En tales condiciones, fué imposible á los generales persas reorganizar el ejército: solo los pocos regimientos de nacionalidad persa sostuvieron durante algun tiempo la lucha en el campamento; hasta que la llegada de Leotíquidas y de los espartanos les obligó á emprender una fuga desordenada. Cuando al cerrar la noche huían precipitadamente los asiáticos hácia las alturas de Micalé, cayeron sobre ellos los milesios, una parte de los cuales destruyó á los persas, mientras los otros se entregaban á los griegos con hipócrita fidelidad. Los asiáticos perdieron en la batalla y en la fuga unos 40,000 hombres, entre ellos los generales Tigranes y Mardontes. Las demás tropas que no se habían pasado á Leotíquidas fueron salvadas por el príncipe Masistes, que las condujo en desorden á Sardes.

Las vencedoras tropas griegas eran hartamente escasas para poder

proseguir la guerra en las costas asiáticas, por lo cual después de haber destruido la escuadra y las trincheras de los persas, se dirigieron á Samos, donde celebraron un nuevo y decisivo consejo de guerra. Los peloponesios eran de opinión de que los jonios, cuya defensa permanente contra el gran rey era una empresa superior á las fuerzas griegas, fuesen conducidos á Grecia y se les diese la posesión de todas aquellas ciudades cuyos habitantes se habían aliado con los persas. Los atenienses se declararon abiertamente contrarios á esta abominable idea, creyendo que una parte, por lo menos, de los griegos de las costas orientales eran bastante fuertes para sustraerse á la soberanía de los Aqueménides, y combatieron formalmente el derecho que se atribuían los peloponesios de disponer para el porvenir de los jonios como colonos griegos. Por fin se acordó que provisionalmente los griegos del continente asiático serían abandonados á sí mismos, y que los de las islas de Samos, Chio y Lesbos serían desde luego incluidos en la liga helénica.

Tomada esta determinación, se dirigieron los griegos hácia el Helesponto para cortar, si era posible, la retirada á los asiáticos procedentes de Beocia; pues ignoraban todavía que hubiesen sido rotos los puentes de barcas construidos entre Sestos y Abydos. Cuando Leotíquidas vió que no se encontraban ya en el Helesponto estos puentes, suspendió su expedición y condujo á su patria á los peloponesios coronados

de los laureles de la victoria. Xantipo, el enérgico ateniense, resolvió, por el contrario, antes de regresar á su país, dar una gran batalla para reconquistar en nombre de Atenas el antiguo principado ático de Milciades, en el Quersoneso tracio, á fin de poseer en el territorio persa un rincón de tierra, cerrar por tanto á los persas el Helesponto, y dotar al Estado ático de un importante centro de producción. Protegido por los buques de guerra jonios y los guerreros de la pequeña península, atacó á la soberbia Sestos, la capital del Quersoneso, fuerte sí, pero falta de provisiones. El sátrapa Artaites que gobernaba en ella se defendió durante mucho tiempo con inaudita perseverancia: el miserable Artabazo llegó á mediados de noviembre de 479 al Quersoneso, fugitivo de Grecia; pero espantado por un aviso que recibió, notificándole que los atenienses se encontraban allí, sin pérdida de momento se dirigió al Bósforo y penetró en el Asia; á pesar de cuya decepción Artaites se resistió audazmente. El hambre le obligó á abandonar la ciudad, dispersándose su ejército en la llamada «fuente de las cabras.» El mismo Artaites cayó en manos de los griegos y en venganza de su brutal crueldad fué crucificado en Madytos. Entonces terminó para los atenienses la campaña, pasando Sestos á ser posesión ática. Xantipo se apoderó también de las islas de Lemnos é Imbros, y en la primavera de 478 llegó al Pireo ático con sus fatigadas y victoriosas tropas.

CAPÍTULO II

ÉPOCA DE LA UNIDAD PANHELÉNICA (DESDE 478 HASTA 461 ANTES DE JESUCRISTO)

- I. Importancia de la victoria conseguida por los helenos sobre los persas.—II. Reconstrucción de los muros de Atenas.—III. Esparta, como primera potencia de la unidad panhelénica.—IV. Aristides lleva á cabo en Atenas la igualdad de derechos políticos.—V. Catástrofe de Pausanias.—VI. Formación de la liga délfica bajo la dirección de Atenas.—VII. Actividad de los atenienses y de la escuadra aliada.—VIII. Cimon. Decadencia de Temístocles.—IX. Victoria alcanzada por Cimon en el Eurimedon.—X. Pausanias. Decadencia de Pausanias.—XI. Temístocles en Persia.—XII. Guerra de los atenienses contra Naxos y Thasos.—XIII. Efiltes y Pericles, adversarios de Cimon, en Atenas.—XIV. Decadencia de la situación de Esparta en el Peloponoso.—XV. Tercera guerra mesénica. Rompimiento entre Atenas y Esparta.

I.—IMPORTANCIA DE LA VICTORIA CONSEGUIDA POR LOS HELENOS SOBRE LOS PERSAS

Contra todo lo que era de esperar, una parte resuelta y valerosa de los helenos consiguió apartar de su patria el inminente peligro de la invasión persa. Lo que parecía imposible, se había convertido en hecho real: todo el poder de Oriente, la escuadra y los innumerables ejércitos de los Aqueménides, cuya simple marcha, al decir de los contemporáneos, sin exceptuar la corte de Siracusa y el clero griego de Delos, había de destruir seguramente las débiles fuerzas de los helenos de la madre patria, se habían visto en la imposibilidad de llevar á cabo el plan de Darío, y de reducir á la soberanía irania, como habían hecho antes con Chipre, Jonia y Helesponto, los territorios todavía independientes del mundo griego. Los helenos habían conquistado el derecho de recordar con orgullo, hasta los últimos momentos de la liga aquea, las gloriosas jornadas de Salamina, Platea y Micalé. En estas batallas los griegos no solo recogieron en las aguas áticas, en el Asopo y en las costas jonias, el inmortal laurel de la victoria, sino que con ellas coincidió el conquistar una importancia histórica universal. La invasión de los iranos en el

Occidente había sido para siempre rechazada y contenida: la suerte de los Aqueménides comenzaba á declinar visiblemente, y su poder disminuía cada vez más. Los griegos habían alcanzado algo más que una tranquilidad permanente. No solo demostraron en esta ocasión por primera vez su plenitud de fuerzas y su superioridad militar y moral sobre el Oriente; no solo la antigua enemistad entre los griegos y los «bárbaros» adquirió nueva importancia á partir de ese período; sino que había llegado el momento en que la dirección del movimiento histórico universal debía pasar de los grandes pueblos civilizados de Oriente á aquella rama de la nación griega, que se extendía entre el Estrimón y el pedregoso valle del Taygeto, y que debía conservarla hasta la victoria decisiva de las legiones italianas sobre el genio del más eminente de los africanos fenicios.

Las importantes batallas del año 479 decidieron la victoria de los griegos sobre los persas. Según costumbre de la antigüedad, las cosas habían llegado á un punto en que no era aventurado pensar que un tratado de paz regularizara de nuevo las relaciones entre la corte de Persia y los griegos aliados; mas, por el contrario, durante los treinta años siguientes á la guerra, las relaciones entre los pueblos de aqueude y allende